



www.loqueleo.com/ec

© 2008, Mónica Varea Maldonado

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-579-1

Derechos de autor: 028097

Depósito legal: 003906

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2008

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Abril 2017

Vigésima primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Pincay

Diagramación: Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Margarita Peripecias

Mónica Varea Maldonado



loqueleo



*A Carito y a Paz, mis amores, mi vida.
A mi adorada familia, amigos y amigas,
y al abuelo... aunque ya no está.*

*Mi agradecimiento
a mi marido,
a mi psicoanalista,
a la señora Yolanda
y a la señorita Heredia,
culpables de todo.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

El cambio	11
Nueva ciudad, nuevo cole, nuevo nombre	19
El hipo	29
El accidente	33
Clase de inglés	39
Algo grave	43
Superhéroe	51
La Navidad	57
Monja blanca	69
Santi	73
El cumpleaños	87
Fiesta de carnaval	95
La sabatina	103
Casi el final	109
El final	111

Biografía	115
Cuaderno de actividades	117

El cambio



Margarita María Bernal Piñeyro era la segunda y última hija de una familia muy corta. Su papá era médico, aunque la niña estaba segura de que era un ángel camuflado en un mandil blanco, porque curaba hasta los más terribles males y no tenía horario, trabajaba día y noche y, según ella, a veces coincidía en dos lugares a la vez... pero nunca le fallaba a nadie. La mamá de Margarita no era tan buena, ni tan angelical pero todo lo que hacía era maravilloso, delicioso o hermoso, por eso Margarita a veces se preguntaba por qué a ella no la había hecho tan hermosa.

11

Su hermana mayor, Celia, era tan bonita como mala. Obviamente no se parecía en nada a Margarita, pero algún defecto debía tener y ese era su flacura. Celia era tan flaca y comía tan poco que

hacía enojar a los señores Bernal. Llegaba a tal extremo que tenían que obligarla a que comiera hasta su propia torta de cumpleaños.

Y, por último, estaba la abuela, que era la mejor del mundo y también la más sabia, leía tantos libros y veía tantos noticieros que tenía las respuestas correctas para todo lo que se le preguntara. Además, era dueña de un hermoso jardín... el único que tenía un árbol de gatos. Margarita aseguraba que el árbol había florecido una sola vez. Allí vio un montón de gatitos grises durmiendo, cada uno junto a una rosa que también apareció en el árbol de gatos de la abuela.

Margarita vivía en una ciudad pequeña, de esas donde todavía hay río, las calles huelen a cedrón y la sirena del molino y las campanas de la iglesia anuncian a toda la gente a qué hora levantarse, comer, jugar y dormir. Una ciudad donde ser la hija del médico le permitía tener buenas notas, ser la reina de Navidad (sin ser nada bonita) y parecer la niña más inteligente de su clase.



Esta era una ciudad en la que toda la gente se conocía, se saludaba en las calles y estaba invitada a cuanta reunión o fiesta hubiera. Todos los habitantes asistían al cumpleaños del papá de Margarita, al bautizo de su nuevo primo o al velorio de don Segismundo, el zapatero. Todos se conocían, todos se apreciaban y todos sabían la vida de todos. Era un lugar sin secretos.

En la mitad de la ciudad, había un parque donde la gente se reunía a oír las buenas o malas noticias que el alcalde tenía que contar. El cumpleaños del papá de Margarita era una de las buenas noticias. El festejo iniciaba muy

temprano con una misa de tres curas, cantada en latín, que Margarita pensaba que era muy aburrida, pero continuaba con un gran desayuno en el que había chocolate caliente para la ciudad completa y terminaba con desfiles y bailes.

14 Las noticias malas no eran tan malas; eran, más bien, graciosas. En una ocasión, la terrible noticia fue que uno de los tres curas que celebrarían la misa se adelantó a beber su taza de chocolate y la misa fue solo de dos curas. Otra mala noticia fue la de cuatro señoras muy gordas que se sentaron en un gran sofá, durante el velorio de don Segismundo, y se quedaron atascadas al tratar de ponerse de pie. Su peso superó el de la gran butaca y, sin poder salir de la banca, cayeron hacia atrás y solo sus gordas piernas quedaron a la vista, pendiendo de la banca durante largas horas. Esta noticia fue publicada al otro día en el periódico local bajo el título:

TRAGEDIA NACIONAL

Sí, definitivamente, en esta ciudad chiquita nadie hablaba de cosas muy feas, incluso las palabras terminadas en *-on* eran bonitas como *canción, ilusión, corazón, arborización*, etc. Muy rara vez alguien hablaba de *inflación, globalización, confusión o malversación*.

En la ciudad pequeña, los veranos eran calurosos y con mucho viento. Por eso, el cielo se llenaba de cometas y Margarita adoraba empujarlas alto, alto, alto y mandar, a través del hilo, cartas con sus deseos al Niño Jesús. Más que cartas, eran peticiones desesperadas que nunca se cumplieron, porque ni Dios estaba en posibilidades de volverla bonita, alta y gorda, como ella pedía.

En la ciudad chica, las niñas y los niños tenían nombres no muy bonitos. Se llamaban Atanasio, Gertrudis, Benigno, Hortensia, Amílcar, Gulnara o Reynaldo, pero ella no... ella tenía un nombre lindo, moderno y original: Margarita. Sin embargo, a pesar de sus nombres no tan bonitos, Margarita estaba segura de que todos los niños y niñas que cono-

cía eran las mejores personas de toda la ciudad, de todo el país, de todo el continente, de todo el mundo y, tal vez, de toda la Vía Láctea.

16 La ciudad chiquita, además de muchos niños y niñas agradables, tenía un río adonde ir a pescar, un lago adonde ir a navegar, un tren y muchas nubes para soñar. El tren no era para pasear, era solo para soñar, al igual que las nubes. El tren únicamente pasaba, nunca paraba en la vieja estación, pero su paso, junto con mucho humo, dejaba inquietudes y ponía a volar la imaginación de los chicos: ¿adónde iba?, ¿dónde paraba?, ¿qué había al final del riel?, ¿había un final?

Para Margarita, la mejor diversión, luego de las cometas, era ir con su papá hasta el riel del tren y colocar allí un clavo muy grande, esperar a que el tren pasara y recoger luego un pequeño cuchillo en lugar de un clavo. Ese mismo cuchillo serviría después para muchos juegos que inventaban: dardos, territorio, etc.

A Margarita le gustaba su vida y no tenía previsto cambiarla hasta el día en que su papá llegó con la gran noticia de que sería el director

del hospital más grande de la capital y que tendrían que mudarse tan pronto ella terminara el cuarto grado.

Así fue como Margarita María Bernal Piñeyro, de la noche a la mañana y muy atemorizada, llegó a vivir a la capital.



**Nueva ciudad, nuevo cole,
nuevo nombre**

Muestra
Promocional
**Prohibida
su venta**

© Santillana

Margarita conocía la ciudad capital, pues había viajado algunas veces para comprar zapatos. Sus pies eran tan delgados, tan huesudos, tan largos y tan grandes para su edad, que desde la muerte de don Segismundo, quien se los hacía a la medida, nunca más encontró zapatos para ella en la ciudad chica. También había viajado para que su papá comprara libros y para ir al teatro.

—Es que estos espectáculos no llegan a los pueblos chicos —decía su abuela con cierto aire capitalino que aún conservaba, porque ella era la única persona de la familia que había nacido en la capital.

La ciudad era grande, bulliciosa, con edificios altos, buses altos, gente alta y miles de millones de letreros luminosos. A Margarita, todo este cambio



le gustaba y le disgustaba a la vez. Siempre las mudanzas le resultaban complicadas, no tanto por tener que empacar sus cosas y llevarlas a otro lado, sino por sus sentimientos: no le era fácil empacarlos y menos aún llevarlos a otra parte. Le costaba despedirse de las cosas y de las personas y tenía verdadero pavor a lo nuevo. La ropa nueva no se la ponía, los muebles nuevos no los usaba, ni tampoco jugaba con los juguetes nuevos hasta no haberse familiarizado completamente con ellos.

La mudanza fue muy rápida y la llegada a la capital, más veloz aún. En un abrir y cerrar de ojos, la familia Bernal Piñeyro estaba instalada y, después de un cortísimo verano, no tan caluroso, sin viento ni cometas, Margarita entró en un colegio de monjas europeas que quedaba en lo alto de una colina.

El cole funcionaba en una antigua casona que había sido la gran casa de hacienda de una familia enorme. Tenía huertos, patios, iglesia, pista de patinaje y un gigantesco perro, sin raza precisa, llamado Peluche. Al conocer el colegio, Margarita pensó que este, seguramente, era el lugar más lindo y, a la vez, más aterrador de toda la ciudad, de todo el país, de todo el continente, de todo el mundo y, tal vez, de toda la Vía Láctea. Había mil y un árboles y flores, todas preciosas, pero la forma del viejo edificio era, sin duda, la copia exacta de la casa de Drácula. «O la construyó el mismo arquitecto o le robaron los planos al conde», pensó.

El primer día de clases, la madre Berthilde les contó que, como la madre superiora era de